



Nicómedes Sanz y Ruiz de la Peña (1905-1998)

Nicómedes Sanz y Ruiz de la Peña es un escritor de ideología fascista, cuya obra no ha sido especialmente estudiada ni reeditada por parte de la crítica. En sus versos se muestra un interés por la historia, los personajes y los paisajes castellanos, desde una óptica regionalista, que dialogan con sus estudios históricos como *Doña Juana I de Castilla. La reina que enloqueció de amor* (Ediciones Luz, 1939) o, entre otros, *Doña Juana I en Tordesillas* (1948). Hemos antologado aquí dos poemas de sus descatalogados y casi inencontrables *Romances de guerra y amor* (1937; segunda edición ampliada de 1939) y *Romancero de la reconquista* (1937), que resumen y recogen, para Rodríguez Puértolas (2008: 229), buena parte de la ideología literaria de falange, al volver la vista al pasado imperial, recuperando, por ejemplo, la figura del Cid (como sucede en el recopilado «El Cid en Cardeña», *Romances de guerra y amor*), y mostrando a Castilla como núcleo de lo español (tal y como puede apreciarse en «Castilla la bien templada», de *Romancero de la reconquista*).

El Cid en Cardeña¹⁸⁵

El Cid y sus caballeros
hincan la rodilla en tierra,
mientras los monjes, con cirios
encendidos, les rodean,
clavando en la madrugada
dos filas de luces trémulas,
que se estiran para ver
al que en buen hora naciera
y en mejor, ciñera espada
para conquistar con ella
gloria tan alta, que nadie
en Castilla lo supera.

185. En el Monasterio de San Pedro de Cardeña deja el Cid a Doña Jimena y a sus hijas, Elvira y Sol, cuando tiene que marchar al destierro. Los episodios de El Cid en Cardeña habían sido ya materia poética en el romancero cidiano y también fueron recuperados por Fernando Allué Morer en algunos poemas aquí citados de su libro *El Cid en Cardeña y otros poemas*, de 1923.

Entre los brazos del Cid
solloza doña Jimena:
alegre, porque le tiene;
triste, porque le destierran.
El Cid eleva a sus hijas
hasta el corazón. Las besa
al par que barba adelante
dos lagrimones le ruedan,
que oculta la tierra madre
para que nadie los vea.
Un segundo de congoja
hace temblar su entereza
y pasan, como fantasmas,
ante él, todas las escenas
de su vida. Grandes son
los servicios que ficiera
a los reyes, sus señores,
en la paz como en la guerra,
siempre ensillado el caballo
y la lanza bien dispuesta
a servir a la justicia
y a la razón. ¡Y son estas
las mercedes que recibe
por pago a tanta nobleza!
¡Poco honor tiene en su abono
mano que castiga a ciegas!
Pensando estas malandanzas
se avecinan buenas nuevas;
ya con Martín Antolínez¹⁸⁶
más castellanos se acercan,
al trote de sus bridones,
a San Pedro de Cardeña
y le rinden vasallaje
de buen amor, y acrecientan
las mesnadas. Solo faltan
tres días para que sea
cumplido el plazo de nueve,

186. Martín Antolínez es un ilustre burgalés, miembro de la tropa del Cid que en el *Cantar* protagoniza el engaño del cofre.

que el rey Alfonso pusiera
para que, con sus leales,
Ruy Díaz deje su tierra.
No es tiempo de descansar
y el Cid a partir se apresta;
reúne a todos sus hombres
y habla de esta manera:
«Ensilad vuestros caballos
tan pronto como amanezca.
El Abad dirá la misa
y, luego que dicha sea,
habremos de cabalgar
sin dilación. Aún nos queda
mucho terreno delante
y el fin del plazo se acerca».
Hay un silencio solemne
en torno al Cid. Se dijera
que todos los castellanos
se han vuelto estatuas de piedra
para escucharle. Ni el aire
osa moverse siquiera.
Tras de bendecir a todos
el buen caudillo se aleja
y, tras él, con paso tardo
la mesnada se disgrega.
Luego cae sobre la noche
un hálito de epopeya.
Mientras duermen los guerreros
un ángel sonoro vela
y va ungiendo con su espada
a la grey. ¡Qué Dios proteja
a los que por ganar honra,
de sus lares se destierran!

¡Segundo canto del gallo!
La mañana se impacienta
y caballos y guerreros
juegan a reñir con ella,
prestándole sus herrajes

para que se los encienda
de lucecillas huidas
y de caireles y grecas,
enluciendo las espadas
y limpiando las espuelas
hasta que se las confundan
con oro de buena copa.
Al ruido de las pisadas
las campanas se despiertan
con premura de maitines,
y corren, saltan y vuelan
para acompañar a todos
a las puertas de la iglesia.
Y cuando dejan al último,
su gozo se manifiesta
en un silencio afanoso
de hormigas y de colmenas
que tejen en la mañana
oro fino y plata vieja,
para que tomen color
de romería, las piedras.
En las gradas del altar
solloza, doña Jimena,
pidiendo a Dios que acreciente
del Cid la fama y grandeza
para que torne a Castilla
más honrado, si pudiera
caber más honra en el mundo
que la que consigo lleva.

Siendo la misa finada
todos salen de la iglesia.
Delante el Abad don Sancho¹⁸⁷,
el Cid y doña Jimena;
detrás sus herreros y monjes
con sus armas y sus velas,
formando apretado haz
entre el pórtico y la puerta.

187. El abad don Sancho, de San Pedro de Cardeña, es quien queda encargado, según el *Cantar de mio Cid*, de la protección de Doña Jimena y de las hijas del Cid en el monasterio.

Los cascos de los corceles
sobre las losas golpean,
y todos los caballeros
el grito de ¡en marcha! esperan.
El Cid torna a su mujer
y llora abrazado a ella.
¡Las lágrimas que allí vierte,
por hombre, no le avergüenzan!
¡Y es harto dolor el suyo
para que no las vertiera!
Forman apretado grupo,
que a cada punto se estrecha,
dola Elvira, dola Sol,
el Cid y doña Ximena.
¡Es gloria verlos así,
y separarlos es fuerza!
Bendice el Abad don Sancho
a toda la grey guerrera,
y el campeador cabalga,
bien calzadas las espuelas,
resistiéndose a partir
dejando allí lo que deja.
Minaya Alvar Fáñez grita
su bien fundada impaciencia,
y, en un arranque supremo,
el Cid afloja la rienda
y salen a buen galope
todos, detrás de Babioca.
Estira el aire caliente
los pendones y banderas
y se oculta el Monasterio
de San Pedro de Cardeña
tras de la nube de polvo
que harinan en su carrera.

Lo que les es más querido
y más grato, atrás se queda.

Después de marchar tres días
descansan en Figueruela
y cuando todos al sueño
se rinden, muy suave, llega
el Arcángel San Gabriel
hasta el buen Cid, y le muestra
iluminado de gloria
su camino. Después besa
su frente, y en un milagro
de alas batientes se aleja...
Al filo de la mañana,
gozoso, el Cid se despierta,
y más seguro que nunca
alza su voz. Solo queda
un día para cruzar
la línea de la frontera.
¡Aún son campos de Castilla
en los que clavan su huella!
Duermen en Sierra de Miedes.
¡Última noche en su tierra!
Delante templan su orgullo
las firmes torres de Atienza,
donde se agitan al viento
medias lunas y banderas.

Antes de que nazca el día
están las huestes dispuestas
y en el reino de Toledo
trescientas lanzas se adentran...
¡Ya tiene el rey don Alfonso
cumplida la orden que diera!
Todo lo que les es grato
en Castilla, atrás se queda.
Delante tierra de moros
y lanzas que los esperan
para medir férreos bríos
en crudas lides de guerra.

(*Romancero de la reconquista*, 1937;
extraído de *Romancero del Cid*, edición de Luis Guarner, 1954, pp. 457-460)

Castilla la bien templada

Por el cielo de Castilla
ruedan vientos de epopeya.
Ásperas voces se fingen
clarines, y se despiertan
auras de gloria, en el nuevo
aliento de la pelea:
Rosarios de paladines
surgen, y, como centellas,
blanden el aire y encienden
ráfagas altas y nuevas,
y el espíritu se opone,
audaz, frente a la materia.
Pinos y mieses ondulan,
ondulan y juegan.
En el solar de Castilla
ha dado fruto la tierra,
fruto de pan y de lucha,
ansia de imperio. Se anhelan
la tierra resquebrajada
de sol, y la sangre fresca.
Por el tiempo, hecho milagro,
altos airones campean
y baten los atambores
duros compases de guerra.
Maravilla de esta hora,
en que Castilla se encuentra
a sí misma, y se florece
de tibias rosas bermejas.
¡La Castilla del romance
ha renovado su gesta!
Porque era su sangre pródiga
la derrama, y no le pesa.
Con sangre se amasa el mundo
y con sangre se cimenta
su ejecutoria de lucha;
sangre en la enseña bermeja
que clavara Mío Cid

en las torres de Valencia
y ríos de sangre joven
en la Reconquista esta...
La redención del pecado
vale mucho y mucho cuesta.
En el facer hidalguía
es Castilla la primera.
Las cumbres de Guadarrama
se están mirando, y se acechan
furores encadenados,
que derivan en tormenta
de acero, donde los nervios
agitan fustas inmensas.
Ya está iniciada la hazaña
que toma altura de hoguera.
La dio Castilla el impulso
y no habrá quien retroceda,
que antes que la propia vida
es mantener con firmeza
la gloria. Toda Castilla
se levanta en pie de guerra
y al viento en ascua de julio
se desdoblán sus banderas,
que fueron antes, y ahora,
invencible fortaleza.
Por el aire vuelan potros
que ululan y serpentean.
Caminos desconocidos
se abren, sobre las cabezas,
y, entre ríos de metralla,
se funden hombres y tierra.
Castilla se va templando
en el troquel de la guerra,
de la que surgirá España
como ayer, una, y señora
del mundo. ¡Canta el verano
su fuego, cabe la sierra,
y, por los llanos tendidos,
toda Castilla se ofrenda,

hecha vivero de héroes,
encumbrada de leyenda!
¡Sangre de los paladines
fingiendo rosas inmensas!
¡Castilla la bien templada
ha vuelto a ser la que era!...
Al contacto de la lucha
se magnifica y se eleva:
cuantos más héroes se gastan
más y más van a la brecha.
Labriegos vienen y van,
labriegos siembran y siembran...
Llevan en los ojos fiebre
de lucha, y las bayonetas
floreced en los fusiles
con limpio brillo de reja,
y van haciendo a su paso
otra nueva sementera.
¡Esta vez será en España
ubérrima la cosecha!
Castilla la bien templada
siembra con la mano abierta,
lanzando su bendición
de gloria a izquierda y derecha.
¡Qué al redoble de su paso
se rinda toda la tierra:
Castilla la bien templada
ha vuelto a ser la que era!...

(Romances de Guerra y Amor, 1937; extraído de Poesía de la Guerra Civil española 1936-1939, ed. de César de Vicente Hernando, 1994, pp. 130-132)